

de su lengua, llamándola *logical and historical*. En otra ocasión dije á vd. que nadie me parecía mejor preparado para darnos una obra con estas condiciones, así por su ciencia y sagacidad filosóficas, como por el íntimo conocimiento que alcanza de todos los primores de nuestra lengua. Con razón, pues, ansio que se publique el trabajo de vd., en el cual estoy cierto de hallar infinidad de cosas que aprender.

Ruego á vd. me perdone el desaliño intelectual y material de esta carta, que no puede pasar ni por mal borrador. Su buena amistad no ha de ver en ella sino el deseo de hablar con vd., aunque sean desbarros, sobre la materia de nuestras comunes aficiones, y de probar á vd. el interés sumo con que he estudiado la inapreciable carta de vd. Ojalá que, cuando vd. tenga lugar, rectifique los desaciertos de la mía, tratándome como á quien es su más afectuoso amigo y admirador apasionado

J. R. Cuervo.

DISCURSO

Sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente de la lengua latina, dedicado al señor académico, Lic. D. Joaquín Baranda, y leído por el autor D. Rafael Ángel de la Peña, en las sesiones que celebró la Academia Mexicana, los días 28 de Julio y 11 de Agosto del año de 1896.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Los estudios preparatorios, si hubiéramos de atenernos á su nombre, sólo deberían proporcionar los conocimientos necesarios, para poder seguir los cursos profesionales; pero la verdad es que ni en esta época, ni en épocas anteriores, ha sido tal preparación el único fin que mediante esos estudios se ha intentado obtener.

Se ha tenido presente otro de no menor trascendencia: se ha querido que la juventud escolar alcance un grado de cultura proporcionado á los adelantos del tiempo en que vive, y que la Nación no quede rezagada en el movimiento intelectual que se advierte en los demás pueblos civilizados. Pues no hay que dudar, los escolares de hoy son los sabios de mañana que confiarán al libro ó al periódico el fruto de sus estudios; son los que desde lo alto de la cátedra depararán instrucción á los que de ellos esperen el pan de la ciencia; los que divulgarán las enseñanzas de ésta entre las indoctas muchedumbres.

Puede muy bien asegurarse que hasta la hora presente, la enseñanza llamada preparatoria no halla todavía entre nosotros su centro de gravedad. Desde el año de 1868 viene oscilando entre dos opuestos sistemas: el de estudios uniformes para todas las carreras y el de estudios especiales.

De algunos años á esta parte luchan también dos escuelas rivales: la primera aspira al reinado absoluto del positivismo y de las ciencias llamadas positivas; la otra impugna á las escuelas empíricas, porque quiere que las ciencias descansen sobre más ancha base que la que ofrecen los sentidos, y desea establecer con mayor amplitud los estudios de Humanidades, que su antagonista mira, á lo menos en parte, con mal encubierto desdén.

Estos estudios quedarían encerrados dentro de límites demasiado estrechos, si hubieran de reducirse al conocimiento gramatical del Griego y del Latín. “Las clases de Humanidades, dice el profundo pensador Alfredo Fouillée, deben despertar en el espíritu del niño sentimientos que sean propiamente humanos y que lleven á su alma el alma de la humanidad entera. En otros términos, es fuerza transportar al espíritu del individuo lo que haya de mejor en la evolución humana. Colíjese de aquí que han de desenvolverse en éste las facultades que forman al hombre, y han de tener por objeto estas facultades las verdades más altas y los sentimientos más nobles á que ha llegado el género humano.”

El conocimiento de las lenguas griega y latina y de sus respectivas literaturas, logra en gran parte la rea-

lización de fines tan elevados; pero exageraríamos la influencia que ese conocimiento ejerce en la educación intelectual del espíritu, si no reconociéramos la parte que toca en tarea tan importante á la Literatura General y á la Historia Universal, así como también la que corresponde á la lengua vernácula y á la historia y literatura patrias que transfunden en el individuo el espíritu mismo de la Nación.

La índole del fin que estos conocimientos alcanzan, justifica, á mi entender, la propiedad de la palabra *Humanidades* aplicada á todos ellos, pues todos ellos ponen en cada individuo las ideas y sentimientos más elevados, sentimientos é ideas que constituyen al hombre y reproducen en el alma individual los estados psicológicos de colectividades humanas más ó menos extensas.

En tan ardua empresa, desempeña la Literatura oficio muy principal, todavía más importante que el que está encomendado á la Historia. Ésta nos da á conocer la vida exterior de la humanidad, aquélla nos descubre su vida íntima.

Si la Historia es la narración descarnada de los hechos, á la memoria incumbe ser fiel depositaria de ellos; y si, elevándose á regiones más altas, nos enseña las leyes que los gobiernan, á la inteligencia corresponde descubrir las relaciones de causalidad que los ligan y los caminos, muchas veces arcanos, por donde la Providencia conduce á los pueblos para la realización de sus designios.

Las producciones literarias no sólo ejercitan la memoria y la inteligencia de quien las estudia y analiza,

sino que halagan la fantasía, fecundan la imaginación, ennoblecen y acendran nuestros sentimientos, conmueven hondamente el alma y pueden engrandecerla por la excelstitud de las ideas y por la elevación y pureza de los afectos. Alguien ha dicho que las obras literarias son los latidos del corazón de la humanidad.

La Historia, por otra parte, refiere los hechos que han pasado; la Poesía narra, además, los que han podido acontecer. Los términos de la Historia están acotados por la realidad, los límites de la Poesía confinan con los de lo posible. Conciérne al historiador presentar hechos concretos; corresponde al poeta idear situaciones y poner nombres á los personajes á quienes encomienda la realización de sus ideales; pero como en la creación de situaciones y de personajes ha de tener presente, para que sean verosímiles, lo que pide la naturaleza de cosas y personas, lo cual es algo universal; resulta que en esta labor poética hay que descender de lo universal á lo particular, al paso que el historiador, siguiendo procedimiento inverso, asciende de los hechos que la realidad le presenta á las leyes universales que rigen á la evolución de la humanidad, sin menoscabo ni de la causalidad divina, ni de la libertad humana.

Sin insistir más en las diferencias que median entre la Historia y la Literatura, es indudable que una y otra son necesarias para la educación intelectual y moral de los pueblos, la cual debe ser, según la escuela evolucionista, "una serie graduada de estados del espíritu y un desenvolvimiento del alma colectiva en "el alma individual."

Aceptado este concepto de educación, es menester tomar todo lo que hay de mejor en la evolución de la nación, en la evolución de la raza y en la de la humanidad entera, y depositarlo como fértil simiente en la inteligencia y en el corazón de cada individuo; de manera que en el orden intelectual y en el moral llegue á ser como breve compendio y fiel trasunto de las perfecciones alcanzadas por las diversas colectividades de que forma parte, poniendo así en armonía, como dice Augusto Comte, la evolución individual con la colectiva. Este fin se alcanza en parte por el estudio constante de la Historia; pero es medio mucho más eficaz el cultivo de la Literatura, la cual nos hace vivir una vida más íntima, que es la del sentimiento, cuya fuerza impulsiva es tan poderosa, y la vida de la imaginación, cuyo poder sugestivo tiene un alcance indefinido.

No creo que nadie ponga en tela de juicio verdades tan palmarias; pero al llegar á la aplicación de estos principios, algunos pedagogos eminentes y pensadores profundos quieren que de los estudios literarios queden borrados los de las lenguas griega y latina, sin las cuales es imposible llegar al conocimiento profundo é íntimo de sus literaturas. Y sin embargo, desde el Renacimiento acá, estas literaturas son las que han encendido á los pueblos en el amor al arte, á la libertad y á la patria. Y desde los primeros siglos del Cristianismo, el latín, sirviendo de vehículo al hebreo y al griego, ha difundido por todos los ámbitos del mundo civilizado el amor á Dios y al hombre, juntamente con los ideales cristianos revelados á nuestra

inteligencia por las enseñanzas bíblicas y más tarde vaciados en moldes clásicos.

Apenas podemos hallar literatura que haya ejercido influencia más benéfica, más universal y más profunda que la literatura latina por el intermedio de su lengua.

Si se suprime el conocimiento de las literaturas y de las lenguas clásicas, la teoría evolucionista de la educación seguida y sustentada por los mismos que impugnan la enseñanza del latín y del griego, quedaría sin aplicación. ¿Cómo reproducir en el individuo los diversos estados por que han pasado la nación, la raza, la humanidad entera, si se suprime toda la antigüedad? ¿Qué linaje de educación evolucionista es ésta que prescinde de los antecedentes históricos que explican en parte el estado psicológico de la humanidad actual? Y sin tales antecedentes históricos, ¿cómo explicar ni el arte, ni la historia, ni la filosofía? Ni puede objetarse que el conocimiento de la Historia sería bastante para unir el mundo antiguo con el mundo nuevo, pues ya hemos visto cuánto más honda, cuánto más íntima es la influencia que la Literatura tiene en el espíritu humano. Si es necesario estudiar la Historia de Roma, aún lo es más conocer sus oradores y retóricos, sus filósofos y poetas.

Mas para poder graduar la importancia que tiene entre nosotros el estudio de las Humanidades en general y de las literaturas griega y latina en particular, nuestro criterio debe guiarse é ilustrarse por consideraciones de orden psicológico, á fin de que tengan por fundamento la base incommovible de nuestro propio espíritu.

Importantes enseñanzas pedagógicas descansan en la teoría de Kant sobre el poder dinámico de nuestras ideas, teoría que según entiendo derrama intensa luz en la cuestión que estamos discutiendo. Enseña en breve síntesis el filósofo citado que toda idea está provista de dos fuerzas: la una de adhesión y la otra de repulsión. Por la primera las ideas echan hondas raíces en nuestro espíritu, se adhieren á él y constituyen su manera de ser en el orden intelectual; por la fuerza de repulsión repelen vigorosamente toda idea que tienda á suprimirlas ó á desalojarlas de la inteligencia donde moran. Conforme á esta teoría, el primer dato que se ha de tener presente al hacer la selección de los conocimientos que deba adquirir un pueblo ó un individuo, es á no dudar la índole de sus aptitudes, y éstas dependen de las ideas que más fácilmente se arraigan en su inteligencia. Los pueblos ó los individuos cuyo espíritu carece de las cualidades necesarias para elevarse hasta las altas regiones de las especulaciones abstractas, de las grandes generalizaciones y de los primeros principios; pero que en compensación se gozan en la contemplación de la naturaleza y de sus bellezas ó en el estudio de sus fuerzas y en la atenta observación de los fenómenos que se verifican en el Universo, no estarán destinados á señalar nuevos rumbos al pensamiento; mas según la índole de las ideas á cuya fuerza estén sometidos, serán científicos, artistas ó industriales. En los individuos y en las naciones hay tendencias varias: cuáles como la culta Francia dan forma á la belleza en sus diversas manifestaciones; cuáles como la pensadora Alemania son domi-

nadas por el amor á las verdades trascendentales, y cuáles, en fin, como nuestra vecina del Norte, consagrán de preferencia su inmenso poder intelectual al logro de lo útil. Bien se deja entender que no se excluyen estas diversas aptitudes y que en una misma nación pueden florecer poetas, oradores, artistas, industriales y hombres científicos al lado de filósofos eminentes; pero entre tan diversas aptitudes, alguna prevalece y se aventaja á las demás, y á ésta se debe atender, si se quiere saber qué linaje de conocimientos no han de descuidarse en la educación intelectual de un pueblo. Sería imposible, por ejemplo, convertir una colonia de industriales y comerciantes en una nación de inspirados artistas ó de poetas, y si tal cosa se intentara, se gastarían estérilmente las fuerzas vivas de ese pueblo; pues tal es la teoría de Kant: una vez que una idea ó que un orden de ideas se ha arraigado en nuestro entendimiento, lucha por la vida, como hoy se dice, y no consiente que le sean arrebatados sus dominios.

Por ley de herencia nuestras aptitudes no difieren esencialmente de las de nuestros progenitores. Tampoco nosotros hemos sido dotados de la paciencia y de la sagacidad del observador profundo, ni existen entre nosotros genios que tengan la intuición de las leyes de la naturaleza.

Así se explica que otras naciones se hayan adelantado á España y á sus antiguas colonias en el conocimiento de las ciencias de observación y experimentales. En compensación ese gran pueblo se ha encumbrado hasta las más altas cimas de abstracciones ontológicas

y teológicas, y desde allí ha descendido á los valles floridos de la más rica fantasía.

Atleta infatigable armado de la clava hercúlea del silogismo, alguna vez defendió en augusta asamblea, con no igualada gloria, verdades salvadoras y trascendentales, y también ha sabido transfundir la belleza, por maravillosa manera comprendida, sentida ó ideada en obras de arte que vivirán perennemente. Así es que todos conceden de buen grado que los españoles han sido teólogos y metafísicos profundos, al mismo tiempo que poetas, oradores, artistas y humanistas insignes.

Las naciones de origen hispano, y entre ellas México, han heredado las facultades estéticas de sus progenitores y su idoneidad para las concepciones abstractas y para las ciencias deductivas, herencia preciosa que es deber nuestro conservar. Será, pues, caso lamentable desatender la enseñanza de aquellas ciencias cuyo fundamento racional es independiente de la observación y de la experiencia, y no lo sería menos descuidar aptitudes notorias que deben ser bien dirigidas; mas de seguro se malograrían, si nuestra educación literaria no tuviera por base el conocimiento del latín y de su literatura.

Es para mí motivo de satisfacción que estas consideraciones pedagógicas que hace años deduje de la teoría de Kant en discurso dicho con motivo de alguna solemnidad escolar, (a) coincidan con las doctrinas de Fouillée, según el cual "la instrucción secundaria de-

(a) Discurso que escribí para pronunciarlo en la Escuela N. Preparatoria la noche del 9 de Agosto de 1890.